

Un recuerdo, lleno de afecto, para todos los sacerdotes.

Supongo que, en estos días alrededor de la fiesta de San Juan de Ávila, patrono de todos los sacerdotes de España, habréis visto noticias de las ordenaciones de los nuevos sacerdotes y la celebración de las Bodas de Plata y Oro de los ordenados hace 25 y 50 años. Unos se estrenan como sacerdotes, celebran su Primera Misa Solemne y están a la espera de iniciar su sacerdocio con una gran ilusión. Otros recuerdan aquellos años difíciles y hermosos del seminario que culminaron en la Ordenación Sacerdotal y sus comienzos siempre llenos de ilusión.



Para unos y otros, para todos, llegó un tiempo vertiginoso de

- * **soñar** aventuras apostólicas en las que, siempre, uno se queda corto;
- * **trabajar**, gastando, felizmente, los 60 minutos de cada hora;
- * **creer** en Dios, en la Iglesia, en la gente, en el presente y el futuro;
- * **celebrar** alegrías y recoger lágrimas personales y ajenas;
- * **rezar** mucho porque sí, porque es la fuerza de cada uno y de todos. Hacia esto han apuntado, y

apuntan, cada día, las agujas del reloj de todo sacerdote, en etapas diferenciadas, en un itinerario que se va haciendo hasta que se llegue a la cumbre. Los sacerdotes somos gente con mucha suerte, el tiempo se nos queda corto para hacer oración, estar con el Señor, descansar y el trabajo diario: conversaciones con hombres y mujeres de todas las edades, niños, adolescentes, jóvenes que se inician en el trabajo profesional y el matrimonio, padres de familia y padres que ya son abuelos.

El Señor les ha dado la luz para que la tengan siempre encendida, iluminando, con el testimonio de la vida cristiana a los hombres hacia la fe, y para que salgan de las sombras quienes estén en ellas.

¿Tienen los sacerdotes sus hobbies?. Sí claro.

Mantienen una curiosidad y actitud expectante ante lo presente y, no menos, lo que está por venir.

No olvidan a su familia y están con cualquiera que, siempre, intentan tratarle como se hace con un amigo.

Prefieren la justicia al orden. El perdón al rencor. La verdad a la mentira.

Les gusta la naturaleza y muchos, en excursiones, han dormido bajo un pino, en lo alto de un cerro, lo mismo en invierno que en verano.

Les gusta viajar, ver cosas bonitas, conocer toda clase de gente.

Ser optimistas, a alguno le hemos visto, años, tener sobre la mesa de su despacho una pegatina muy bonita: "Hazte cura y que no te pase nada".

Acercarse, en cada hora, a toda la gente, acompañarla y, si pueden, ayudarla.

Y, en medio de esto, ser sacerdotes, 100 x100. Vivir la fe sin papeles. A tumba abierta.

Esto es, más o menos, lo que podrían y querrían ser los sacerdotes. Ahora, en estas fechas, y siempre, solo resta, recordarles con afecto, e invitar a que, cada uno, se una a sus mejores sentimientos y a seguir "tirando la red mar adentro".

Pedir vocaciones sacerdotales y, si hace falta, explicar: qué es un sacerdote, qué lleva siempre en su corazón, porqué un hombre puede vivir su vida en el quehacer sacerdotal y de dónde viene cierta incapacidad de transparentar en su vida Jesús de Nazaret. En definitiva, seguir diciendo a Jesús: "sabes que te amo".



Y, ¿por qué no provocar haya jóvenes que se digan: Yo también quiero vivir así ?.

En la sociedad, en la Iglesia, hay muchas formas de vivir como ciudadanos y seguidores de Jesús: casado, soltero, estudiante, obrero, misionero, religioso/a. Cada uno tenemos un camino que recorrer y una misión querida por Dios para contribuir con ella al proyecto amoroso de Dios.

Todos esos caminos pueden ser buenos si se abren a Dios y hacen felices a quienes optan por ellos.

Dios nos ha hecho libres y podemos elegir aquello que entendemos es para nosotros el camino de vida que Él ha previsto.

Pero, ¿cómo elegir aquello que es voluntad de Dios para mí?

En un jardín botánico, en una pinacoteca, hay muy diversas atracciones; pero a cada uno le llama atención aquello por lo que siente especial sintonía. En la vocación pasa algo parecido. A cada uno le cautiva una diferente forma de vida. Podemos ver personas, testimonios de "alto voltaje", que nos ayudan a descubrir la nuestra. Es como si escucharan "su propia música". Así es como, a veces, muchos también dicen, convencidos: "yo también quiero vivir así".

Si uno está en camino, de buscar su vocación, si ya ésta ha sido elegida, siempre habrá que preguntarse, en uno y otro caso, si estamos respondiendo al querer de Dios. Es verdad que el mundo está muy revuelto, y muchas personas también, y que por tanto como el ciego del evangelio habremos de gritar: "que yo vea ¡Señor, que vean, que veamos".

Que vean quienes pueden darnos luz y que, cada uno mirando a Dios nos alistemos en lo que Dios quiere.

En todo caso que tengamos a la vista que María es la Madre de Dios y Madre de todos para alcanzar y conceder todo.



Un nuevo orden de cosas

El tema del blog en el que recorría los *Ajustes y Desajustes de la Iglesia* en los momentos actuales ha suscitado interrogantes y comentarios como los siguientes: *Pero ¿la esencia de la predicación de Jesucristo y de la Iglesia en qué está? ¿Qué era lo que Jesús traía y anunciaba al hablar del Reino de Dios que pedimos en el Padre nuestro? ¿Cuál es el centro, la sustancia del mensaje?*

Las preguntas son interesantes: El Reino de Dios del que Jesús habla y rezamos.

La 1ª. sorpresa es que Jesús no empieza a hablar de sí mismo, no se coloca en primer plano. Y ¿cuál es la causa? Se puede resumir en pocas palabras: Jesús habla del *papel de Dios, del Reino de Dios en el mundo*. Si este santo y seña no se entiende tampoco se comprenderá gran cosa la vida de Jesús, ni de la Iglesia su prolongación en la historia. Esperaban los judíos una *liberación* puramente nacionalista y Jesús trajo otra infinitamente más grande y universal. Tal vez por ello desilusionó porque les traía algo que ellos ni soñaban.

-no se refiere a un nuevo tipo de reino en medio de los reinos de los hombres, diferenciado, pero metido en el mundo como un nuevo gueto;

-no es un lugar en el que reina Dios o sus representantes, lo que llaman teocracia;

-ni algo jurídico, sostenido por unas leyes que obliguen a creer a los que estén dentro.

Es mucho más. Se trata de un cambio, en toda persona que afecta no solo al modo de vivir de los que se confiesen creyentes en Jesús, sino a un cambio en el “ser” del creyente, del que nacerá una nueva orientación, una nueva historia, una nueva realidad y no una simple nueva apariencia. Bien lo entendió S. Pablo al escribir: “no soy yo, es Cristo quien vive en mí”. Jesús al hablar con aquél hombre importante en Israel, Nicodemo, le dice, que para estar entre los “suyos” hay que volver a nacer.

Él no viene a “mejorar” al hombre, viene a “crear” un nuevo tipo de hombre y de mundo, apoyado sobre columnas distintas de lo que entonces, y ahora, muchos sostienen. Esto tan claro lleva a concluir que, si la vida de los hombres que serán llamados cristianos continúa como la de otros, esos tales no han llegado, de verdad al Reino de Dios, a la fe cristiana.

Como se ve estar en el Reino de Cristo, ser cristiano, es abandonar unos valores por otros que vienen de Jesús que se resumen en las Bienaventuranzas. En este sentido Jesús pide algo muy revolucionario, todo un nuevo orden de valores que abarca el interior y el exterior, lo espiritual y lo mundano, este mundo y el comienzo del otro. Digámoslo sin rodeos: el cambio que Jesús anuncia y pide ha de cambiar al hombre entero. Supone una modificación sustancial de los modos de pensar y de hacer. Nunca se predicó revolución como ésta.

ES UN REINO DE DIOS CON UNAS CARACTERÍSTICAS.

-Un reino con un Dios activo.

Esto es evidente pero puede darse que, como algunos piensan en un “Cristo sin Dios”, hay quienes piensan en un Reino de Dios en el que Dios ha perdido no sólo el protagonismo sino incluso su presencia. Lo que cuenta, dicen, es la justicia humana, marginando, oscureciendo, cualquier planteamiento en el que Dios ocupe el lugar debido. Pero no hay un Reino de Dios ateo, ni un Reino con Dios en la sombra. El Reino de Dios del que se habla en el evangelio, el Dios de Jesús, es un Dios que ama, perdona, actúa, interviene en la vida de los hombres y “compromete” a quienes le reciben.

- Un reino con un Dios de futuro.

Que convoca con acciones para hoy con la vista en un futuro siempre nuevo y mejor. No es un “Dios de muertos, sino de vivos”. Es el Dios de la alianza y de la promesa. No se instala en una historia ya conseguida sino que convoca, por su promesa, hacia la realización de un futuro siempre nuevo y mejor. Es fe pero también esperanza de futuro que “tira” del presente hacia su perfección.

- Un Reino de Dios para el hombre.

No necesita primero demoler al hombre, al contrario, el Reino de Dios garantiza que el hombre será verdaderamente hombre. No es un Dios del más allá, a expensas del hombre actual como que las bienaventuranzas son también para ahora. Quiere que el hombre regrese a su eje en Dios del que nunca debió salir.

-Un Reino de Dios que es un Dios-amor, un Dios-libertad.



Afecta al individuo y a la comunidad. No hay ley del péndulo: el interior del individuo o lo que afecta a la sociedad. O, si se prefiere, llama al individuo para que viva su conversión en la sociedad. Nada tiene este reino con esclavitud del hombre, sino exactamente al contrario: la salvación de Jesús es liberación. Viene para que el hombre disfrute de su verdadera libertad y de una autonomía que, en rigor, sólo será posible, con la vinculación a ese Dios liberador. S. Francisco de Asís lo decía así: *Yo soy libre. Mi único amo es Dios*. Era pisar de puntillas lo más sagrado.

-Un Reino de Dios más de la gracia que de la ley.

Está tan cerca de los justos como de los pecadores y somete todas las leyes al amor. Próximo por amante y por padre, y lejano por grande, omnipotente, por santo. No va desde el hombre a Dios, sino de Dios al hombre. Este reino de Dios es el que hemos visto, tocado y conocido en Jesús que hizo algo más que hablarnos, Él mismo se hizo lugar de encuentro de los hombres con Dios.

-Un Reino que se abre a todos, en el que caben todos.

San Juan evangelista, como si buscara explicar esto, coloca casi al lado de la entrevista de Jesús con Nicodemo, su conversación con la samaritana. Un fariseo cumplidor escrupuloso de la ley, un judío de “pura sangre” con una mujer de mil sangres y casi hereje. Un sabio indeciso ante la verdad y una desgarrada pregonera de lo que acaba de descubrir. ¡Es verdad que el Reino de Dios es una red en la que cabe todo género de peces !

UN REINO POR EL QUE HAY QUE APOSTAR.

El Reino que Jesús propone no es un sueño o una utopía imposible, pero sí algo que, aún reunidas todas las fuerzas de todos los cristianos de todos los tiempos, sólo muy trabajosamente se irá abriendo paso en la historia y en la realidad de cada uno. Por lo que la tarea del hombre ante todo esto no es de actitud pasiva. Al hombre le toca reconocer ese Reino, acogerlo, remover los obstáculos que en sí mismo existan. Se precisa la cooperación de la libertad humana y no dejarse llevar por objetivos incompatibles con la propuesta del Reino de Nuestro Padre Dios.

El cristiano, está tan lejos de la falsa ilusión del “*qué más da*”, como de pensar que ese Reino vendrá por la simple evolución de lo social, o por la revolución tanto de derechas como de izquierdas. Sabe que ese Reino puede ser acogido o rechazado por la entrega del hombre o por la corrupción en el alma y en la sociedad. La predicación de Jesús, y la fe de la Iglesia, no concluye con un simple anuncio, añade un tremendo imperativo: “*Convertíos*”. No es ser un “poco mejores” o un poco “peores”.

Tampoco es un problema de premios o castigos, se trata de vivir o no vivir en cristiano, sin olvidar los desfallecimientos propios de la naturaleza humana.

UN REINO DE LUCHA Y GOZO.

Si Jesús lo pide todo, el Reino de Dios no es un “consuelito” que se da a los cobardes, sino la plenitud de alegría que se concede al que no se contenta con bagatelas. Dios es un multiplicador. Por eso llamamos al evangelio “buena noticia”, y en todas sus páginas corre un vino de entusiasmo, una alegría como las que este mundo no conocerá jamás. De hecho por cada palabra en la que Jesús anuncia los riesgos del Reino añade cincuenta más para asegurar el gozo del hallazgo. El Reino es un *banquete, una fiesta; es una cosecha, una pesca* deslumbrante, *un tesoro, una perla*, cuyo hallazgo llena de alegría al que ha sido fiel. Conseguir ese gozo no es barato, porque “el reino de Dios padece violencia y sólo los esforzados lo arrebatan” (Mt.11,12) Pero ¿quién preferiría la tranquilidad del cementerio al gozo de vivir? Jesús ya ha salido al camino. Hablaba a los galileos que le escuchaban -y a quienes vivirán dentro de muchos siglos- y repite su gozoso anuncio: “*El Reino de los cielos se acerca*” y mira a los ojos de cada uno y repite: *¿Por qué no tú?* Dios dará la fortaleza necesaria en todo caso.